

taria uno de esta naturaleza para hacerla perecer. Todo lo he arresgado en el estado en que estaba. Sin embargo de las precauciones que tomé, me apercibieron al salir de casa; y solo por un número infinito de vueltas pude escaparme de los que me seguían. Los horrores de la mas oscura prision me aterraban ménos que la idea de no volverla á ver, de separarme de ella para siempre. Ahora que sepan que estoy todavía en Francia, en Paris, ¡qué fácil será descubrir mi retiro! y ahora ya no me será posible huir, aún cuando pudiese resolverme á ello. Que hagan pues de mí lo que quieran; que un golpe de autoridad me hunda en el abismo de la desgracia; que esa misma autoridad, que vos quereis que yo ame, que respete, me remache para siempre las prisiones. . . . ¡O patria mia! Ingrata patria! Yo hubiera podido servirte todavía. . . . como mi padre, que tan bien te ha servido. Sea enhorabuena, tú no eres digna de mis pesares. Tú puedes privarme de la luz del día y de la libertad. . . . Pero mi Emilia, mi padre, que vive todavía en mí, mi hijo, ¿qué sucederá con ellos?

¡Ah! ¡qué dura es la autoridad de los hombres, y cuán pesado su yugo! cuán sujeta vive al error! porque al fin; Lausane es quien ha hecho todo el mal; y yo he de ser castigado.

¡Ah! ¡Con que hay, respecto á la religion, una autoridad mui mas segura que me habeis hecho conocer? Conozco toda la necesidad de ella. Solo ella puede fijar mis dudas; solo ella merece ser árbitra de mi creencia, el juez de mi fe: y ella lo será. Al ménos ella dará tranquilidad á mi espíritu, si mi alma agitada por tantos motivos, no puede tranquilizarse sobre lo demas. Siendo incapaz de engañarme esta Iglesia á que me remitis, andaré á paso firme bajo su luz; y si, lo que es imposible, me engañase, ¿qué tendría yo que temer en el tribunal del soberano juez? ¿Y no tendría razon para decirle: „Dios mio! yo necesitaba un guia. Demasiado incierto, demasiado irresoluto por mí mismo, mui cercado de

„mil sectas diversas, que aspiran todas á la verdad, „y solo tienen por regla la opinion bajo el bello „nombre del Evangelio, yo necesitaba una regla „mas segura, un tribunal mas digno de mi sumision y de mi confianza. Me lo habeis prometido, me lo habeis dado. ¿Y podría yo pensar que „me extraviara? ¿Y no seriais vos, ó Dios mio, quien „me hubiera extraviado?”

No, no; Dios no se contradice consigo mismo: sus promesas son inviolables; yo me fio en ellas; y por cuanto á la total conversion de mi corazón, descanso, padre mio, en vuestras oraciones y en vuestra ternura para conmigo.

CARTA QUINCUGESIMA CUARTA.

EL MARQUEZ DE VALMONT AL CONDE.

¡Desgraciado jóven, qué compasion mereces! A los males que sufres añades el todavía mas doloroso sentimiento de los que temes; y parece, que para mejor castigarte de antemano, te complaces, por una inútil prevision, en formar tu propio tormento. Si Emilia te sobrevive, como sin cesar lo pido al cielo, ¿qué puedes perder? Si conservas tu libertad, si en ella sirves al Señor, en cualquier lugar que sea, ¿una esposa como la tuya, tu padre, tu hijo, no podrán, por lo que es tu tranquilidad, valerte por todo el universo? ¡Siempre las preocupaciones, Valmont! No mas rango en la corte y soberbia esclavitud; no mas consideracion y crédito; no mas opulencia, aunque lo que sobra á Emilia, en un reino en que las faltas son personales, puede mui bien bastar á los dos; no mas nombre y títulos en los lugares en que te sea permitido existir; y de aquí sin duda inferes, que ya no habrá tampoco paz y felicidad. ¡O amigo mio! ¡jamás aprenderás á despreciar las sombras, los fantasmas que te engañan, y á justipreciar las dulzuras de la religion y del sentimiento? ¡Vaya!

Tu Emilia tan desgraciada como ha sido hasta hoy, conoce mejor que tu la felicidad. No temas que te reproche que le hallas hecho perder títulos, honores de que ha hecho tan poco caso. Tu conversión á Dios, tu amor á ella, la decencia necesaria en su familia, ved aquí los únicos bienes á que aspira; y si sobrevive, ved aquí lo único que puede hacerla vivir dichosa, cuanto es posible serlo en la tierra.

Confieso sin embargo, que su postrer estado de debilidad y languidez me espanta. Su alma sensible y tierna recibió impresiones mui súbitas y mui vivas, que su salud y sus fuerzas resentirán todavía por algun tiempo. ¡Quiera el cielo reparar tal extenuacion! Pero, hijo mio, si está dado el decreto, si es menester que Emilia te sea quitada, solo con tu muerte expiarías tus faltas para con ella; solo con una vida mejor; solo practicando las virtudes de que ella misma te hubiera dado ejemplo; solo dando á la preciosa prenda que te deja de su amor la educacion, que ella hubiera querido darle. ¿Y dónde hallar fuerzas, me dices, para vivir aún despues de haberla perdido? ¿Dónde hallar fuerzas....! En el exceso mismo de tu amor á tan digna esposa: él te impone la obligacion de imitarla en su resignacion y en su valor; él te obliga á vivir, pues te deja un hijo. Y sobre todo, querido Valmont, ¿no te queda un Dios ultrajado á quien glorificar y bendecir?

Solo hallas en tí una suma flaqueza. ¡Ah! Todavía no conoces los resortes potentes del amor y de la religion: en esta sobre todo hallarás los auxilios; y la elevacion que te comunique, si te abandonas á sus impresiones, no permitirá ya que te arrastres por el abatimiento y el dolor. Dios mismo te sostendrá, la cruz del Hombre Dios será tu fuerza, y tu alma, hoy cobarde y medrosa, hecha verdaderamente cristiana, mui pronto dejará de ser débil. ¡Amigo mio! Desconfias de tus fuerzas, tienes razon; ellas te han faltado siempre hasta hoy, puesto que en efecto solo tenias las tuyas:

pero ¿cuánto no puede la fe verdadera en quien saca su fuerza del Señor!

Solamente una cosa me hiciera estremecer; y sería la pérdida de tu libertad en la situacion en que te veo. Ilustrado por la verdad del cristianismo, pero aun no bastante penetrado de sus santas máximas, estuvieras mui mal preparado para tamaño infortunio.

Tu carácter siempre ardiente, y que solo parece aplacado en cierto modo por el exceso mismo del sentimiento que te absorbe totalmente, no recobraría en tan crítico estado su actividad entera, sino para volverla contra tí, y su fuego, atizado mas violentamente que nunca, te habria consumido antes que hubiera podido pensar en apagarlo. ¡Hijo mio! ¡Mi amado hijo! Temo ménos todavía, por tu libertad que por tu alma; mas puesto que la pérdida de la una, pudiera ser tan funesta para la otra, redobla tus cuidados y tus precauciones. Te conjuro á que te ocultes mejor que hasta hoy de toda pesquisa, y á que ya no te arriesgues á perderlo todo por nuevas imprudencias.

Te indispones contra la autoridad, tu que violaste todos los derechos, y que no pudiste armarte contra Lausane, sin armarte primero contra ella. ¡O hijo mio! Antes de quejarte del abuso que pretendes que quieren hacer de ella para oprimirte, ¿porqué no comienzas al ménos, dándole lo que le debes? ¡Pero que digo, querido Valmont! Por mui inocente que yo quisiera suponerle, cuando en realidad te has manifestado tan culpable, ¿incumbe al súbdito pedir cuentas á su príncipe del uso que haga de su poder? Demasiado sé, que una vana y peligrosa filosofía inventa sistemas, para favorecer tus quejas y tus murmuraciones: sé lo que significan en la mente de muertos sábios, y en las consecuencias que se infieren de ellas, esas convenciones expresas ó tácitas entre el pueblo y el monarca, y que anuncian hoy con bastante claridad (a). Pero tambien sé lo que les propone una

[a] El editor ha usado en esta carta, como en

religion santa, que vale mas que toda su pretendida sabiduria, sé lo que contra ellas nos dicta la razon misma, cuando uno la consulta desapasionadamente. ¡Ojalá que para en adelante, sometido igualmente á la una y á la otra, ni contradigas ya las máximas de aquella, ni hables mas que el lenguaje de esta!

Como á los ojos del cristiano fiel no es la casualidad quien distribuye los rangos, quien distingue las condiciones, quien gobierna las sociedades y los hombres, quien establece el orden y quien lo conserva en el universo; como tampoco es para él una ciega eleccion la que constituye nuestros gefes y nuestros superiores; sino una disposicion secreta de la providencia de un Ser Supremo, que como árbitro de nuestros destinos, cuida de las naciones, y nombra en su clemencia ó en su cólera los que deben reinar sobre ella. Soberano dispensador de toda autoridad, dice el Apóstol, que toda potestad viene de él. Luego en efecto resiste á Dios, quien resiste al poder legítimo; y si el príncipe abusa de él, no corresponde al ciudadano quejarse, ni al súbdito castigarlo. En tal caso, que el monarca tiemble sobre su trono, mientras que el pueblo sufre y está sometido: hay un juez, que lo tiene sometido tambien á su ley, y que se declara vengador de ella: hay un juez en el cielo; pero sería mui peligroso que lo hubiera tambien en la tierra [1].

Ademas, hijo mio, ¿cuál ha sido siempre la conducta de los verdaderos discípulos de Jesucristo, para con los gefes que Dios ha querido darles? En los bellos dias del cristianismo, en aquellos siglos en que muchedumbre de cristianos llenaban ya las provincias del imperio romano, la capital, el senado, el palacio de los emperadores [a], y

casi todas las otras, de la libertad que se reservó en la advertencia.

[a]. Vease la *Historia Romana de Laurent Echard*, tom. 5^o. pág. 316.

eran por do quiera perseguidos, ¿qué sabian? obedecer. Y si no lo podian sin faltar al mismo Dios, ¿qué sabian, vuelvo á decir? bendecir, sufrir y morir.

Tal es el espíritu del Evangelio; y la razon mas pura se presenta en apoyo de sus santas máximas. ¿Qué sería en efecto de un estado en que cada particular se creyera con derecho de juzgar á la autoridad; en que el pueblo mismo, según sus pasiones y sus caprichos, conforme al interes y ambicion de algunos de sus miembros, á virtud de la seducción y de la impostura, se creyese autorizado para cambiar sus gefes y sus leyes, para quebrar el cetro en manos de aquel á quien tocara llevarlo, para reclamar en su favor un pacto primordial, que cuando menos para tales excesos, jamas ha existido?

Por lo demas, ¿que pactos, que convenciones han pretendido hacer en el origen de las sociedades y de los imperios los padres con sus hijos; los conquistadores con los enemigos vencidos y subyugados por las leyes de la guerra; los soldados venturosos, los heroes antiguos, con aquellos mismos hombres que imploraban su apoyo y coronaban su valor; los hombres virtuosos, reconocidos como reyes en los primeros arranques de admiracion y de gratitud, con todos aquellos á quienes inspiraban tal confianza; que no les permitian ni aun sospechar que abusaran del poder? ¿Y cuando los hubieran previsto, ¿no debian preverse tambien los peligros de la sublevacion y todos los males que la rebelion trae consigo?

¡O hijo mio! entre los mismos tiranos que usurparon derechos que la constitucion del estado no les daba, ¿que príncipes han hecho gemir mas á la humanidad que los Calígulas, los Neronés, los Domicianos? ¿Y con todo esto, contrapónganse á los grandes males que hicieron, los que se causaron los mismos Romanos, siempre que se entregaron al furor de los partidos, que ensangrentaron el imperio con guerras civiles, y se levantaron contra sus gefes bajo el especioso pretexto de recobrar su libertad.

Sin remontarnos á historias antiguas, considera cerca de nosotros ese pueblo rey y súbdito á la vez, cuyo estado actual ofrece la preocupacion mas favorable á nuestros libres pensadores. Ellos no ven en él, sino la situacion del momento; pero que se remonten un poco mas arriba, y que observen lo que le ha costado. Que vean por cuantas calamidades y azares ha pasado antes de llegar á su nuevo sistema de gobierno; digo mas; que examinen á sangre fria y sin parcialidad, cuan incierta y precaria es en realidad su situacion, ahora tan libre, tan aparentemente tranquila (a). Y bajo lisongeras apariencias ¿no esconde mas esclavitud real que verdadera libertad, mas ilusion que dicha? En este pueblo todo fermenta; todo manifiesta una secreta levadura de celo y acritud; cada especie de autoridad opuesta á él, se esfuerza para extender su dominacion y disminuir su dependencia; y de este choque continuo de intereses opuestos, ¿qué puede resultar para en adelante, sino nuevas desgracias? ¡Ah!, tan inconstante, tan fácil de irritarse como la ola que lo rodea, el fiero republicano, el indócil súbdito siempre murmura de ella; y este ruido sordo, parecido al prolongado mugido de las vacas agitadas, solo anuncia tempestades para el porvenir.

Aunque hayan encontrado esa balanza de poderes y ese justo medio con que las cosas humanas cuentan poco, ó que conservan con tanta dificultad; que sean felices tanto como les convido y como mi corazon les desea: con todo esto, ¿querriamos para nosotros una felicidad que tanto les ha costado, y nuestros abuelos hubieran pagado tan cara? ¡Que cuadro para los corazones sensibles, el de un reino dividido por sus propios furoros [2]! Apagadas todas las luces de la razon, sofocados

[a] El editor habia creido que nada debia cambiar en este pasaje del texto de 1774, en tiempo de la primera edicion; apesar de lo que ha sucedido despues, tampoco cambiará nada hoy.

por el espíritu de partido todos los afectos de la naturaleza; rios de sangre corriendo por doquiera; el hijo armado contra su padre; el ciudadano hecho soldado para degollar á sus conciudadanos y á sus hermanos; el espantoso pillage, el incendio, la carniceria en las campiñas, y toda la disolucion de los campamentos en medio de las ciudades; el fanatismo y la hipocresia inmolando víctimas á la política, á la tirania ó á la independensia; tales son, en casi toda rebelion contra la autoridad, las desgracias públicas; y bajo los peores reinos, todos los males que se pueden sufrir estando los súbditos sumisos, no son con mucho en comparacion de estos, mas que males particulares.

Mas, hijo mio, ¿á qué fin semejantes imágenes, para fomentar en el corazon de un francés el amor de su príncipe y de su pátria? Cuando se ama ¿no es uno siempre sumiso y fiel? ¿y este amor no es hereditario entre nosotros, como lo es el trono entre los hijos de nuestros reyes? ¡Ah! este sentimiento, es verdad, se trasmite en otro tiempo de raza en raza, y es el que formó á nuestros heroes á los Montigny [3], los Eustache de Saint Pierre [4], los du Guesclin, los Clisson, los Bayard, los Rosny, los Crillon, los Monmorency [a]; los Fabert [5], los Luxembourg, los Turenne; aquellos hombres que yo llamo el honor del nombre frances, y que siempre confundieron en el fondo de su corazon al príncipe con la nacion. Tal era tambien el sentimiento de nuestros abuelos: ¿y por qué ha de venir una desgraciada filosofía para extinguirlo en sus hijos! Cuando mi padre se complacia en formar mis primeros años, ¿con cual efusion y con que tierno asombro me hacia tartamudear los nombres sagrados de mi Dios, de mi padre y de mi rey! ¿con qué ternura aprendia yo á repetirlos con él! A medida que adelantaba en edad, todo lo concerniente á nuestros príncipes y á su

[a] Los dos condestables Anna y Enrique de Monmorency.

augusta familia, me parecia interesante á la Francia y me interesaba á mí mismo! Haber nacido bajo el imperio de nuestros reyes, era una cosa porque diariamente daba gracias al cielo; y todos mis conciudadanos pensaban entónces como yo. Este noble entusiasmo, comunicado á todos los espíritus y á todos los corazones, es el que hacia circular en ellos, á la par que la sangre de nuestras venas, el valor, el honor y el patriotismo, y el que sostenia la dignidad del nombre frances [6]. Nos mostraban á nuestros reyes como á nuestros gefes, como á nuestros padres; siempre á nuestra cabeza para conducirnos por las sendas de la gloria; siempre los primeros en los peligros, en medio de los azares, para participarlos con nosotros, honrando á la nacion hasta en su derrota, y aun por la cautividad que algunos de ellos han sufrido combatiendo en su defensa [a]; en el seno de la paz, vigilando sobre nuestro interes, esencialmente inseparables de los suyos [b]; endulzando nuestros males; gimiendo por los que no habian podido evitar, y aplicándose á repararlos; generosos; magníficos; los príncipes mas amables, los mas amantes, los mas dignos de ser amados, y en la augusta casa que nos gobierna, haciendo siempre querer en ellos el corazon de los Borbones. Llenos de tales imágenes, los franceses eran invencibles; ó, si eran desgraciados, les quedaba el honor.

Hoy todos estos grandes sentimientos estan ab-

[a] No hay, si no estoy engañado, nacion que haya tenido mayor número de sus reyes hechos prisioneros de guerra, que la nuestra, porque no hay tampoco una cuyos gefes hayan tenido tanto valor.

[b] Y en efecto, ¿quién ignora que la prosperidad de los súbditos forma esencialmente la del monarca; que este no es verdaderamente rico, sino cuando aquellos lo son también; que el abuso del poder es una ruina; y que, como ha dicho muy bien el orador mas elocuente del último siglo, *todo lo que se excede la autoridad la debilita y degrada?*

sorbidos por un espíritu particular, por un interés bajo y sórdido, por principios democráticos, por un anglicanismo mas destructor para nosotros que el hierro y la muerte. ¡Ah! ¿No valiamos bastante para nosotros mismos? ¿necesitábamos desnaturalizarnos con una ridícula imitacion [7]?

¡Ah! hijo mio, ¿en que tiempo habrian debido sernos mas queridos el príncipe y la patria, que en el siglo en que vivimos? Si algunas veces somos ejercitados en ella por pruebas del momento, inevitables para todo imperio, al menos han hecho desaparecer todas las causas de nuestras antiguas revoluciones y de nuestras mas grandes desgracias: ya no conocemos aquellas desmembraciones tan funestas, aquellas divisiones entre los hijos de nuestros reyes; los grandes fodos y la tirania de los señores [8]; aquellos Justicias mayores que hacian temer los gastos de justicia que debian á sus vasallos; el enorme y peligroso poder de los grandes; aquel valor mal entendido de los gefes que nos hizo experimentar tantas derrotas; aquella rivalidad entre muchos comandantes que nos arrebató tantas victorias; aquellas conquistas lejanas que nos hacian perder de vista nuestro propio pais; el conflicto de las autoridades; las divisiones de secta y de partido, y las empresas de sectarios, formando como una república aparte en el centro de la monarquia; ya no tenemos enemigos en el corazon del reino y en nuestras fronteras; todo en fin entre nosotros esta dirigido á la unidad.

¡Unidad preciosa, que á los ojos de los verdaderos sabios hace tan respetable nuestra especie de gobierno [9], y que hace de nuestros reyes la imagen de Dios en la tierra! Todos los franceses son miembros de una misma familia; son un pueblo de hermanos bajo la autoridad de un padre comun. Esta autoridad santa, es la que los une entre si uniéndolo á su gefe; y en esta union tan bella, su amor á la patria se identifica con el que profesan al monarca.

Educados nuestros príncipes en estas máximas,

después de haber obedecido como nosotros con respeto, con ternura, aprenden á reinar algún día sobre nosotros con el mismo espíritu que su padre. Su poder, transmitido por derecho de sucesion, sin alteracion, sin division, los convida á transmitirlo con las mismas ventajas á sus hijos. Los intereses de su propia sangre, se hacian comunes con los nuestros; seguros de la herencia que les dejan, en prò de sus derechos y de nuestro amor, no son tentados, los déspotas y tiranos, de simen-
tar su duracion por la violencia; y su imperio se perpetúa sin esfuerzo, como se estableció sin coacion. De modo, hijo mio, que en muy pocos reinos, no contamos en nuestros fastos tan solo buenos reyes [10].

¡Y qué dulce recompensa encuentra por su amor hácia nosotros, en aquel grito del francés, tan vivo, tan repetido cuando vé á su príncipe; y cuando sabe que es querido! En este grito público, ¡qué motivo de animacion para que ellos nos amen mas y mas, y para hacernos siempre mas felices! Por el contrario, ¡qué leccion cuando este grito se debilita! Entre pueblos esclavos se vieron emperadores que se inquietaban por saber lo que pensaban de ellos: aquí el príncipe no necesita mas que mostrarse.

Días brillantes y afortunados, días de encanto y de gloria, aquellos en que nuestros reyes, escapados de los peligros que produjeron la costernacion y dolor de sus hijos, vieron todos los corazones volando hacia á ellos; flores regadas á su paso; arcos triunfales levantados para recibirlos; el padre alzando á su hijo para enseñarle á su príncipe; el niño sonriendo al monarca y tendiéndole los brazos; los ciudadanos, fogosos de alegría y de amor, sentarse á la misma mesa sin conocerse, provocarse reciprocamente, llevarse alternativamente, dirigirse mutuamente brindis que tanto quieren, y añadir á tan dulce trasporte toda la embriaguez del sentimiento; todo un pueblo, entre gritos de regocijo, mentando á su rey muy amado y

las delicias de la nacion. ¡Ah! ¿Tan bellos días para los príncipes no prometen á sus súbditos días de felicidad? ¿y quién así ha experimentado el placer de ser querido, podría ser sensible á otros placeres?

Así es, querido Valmont, como siempre hemos impuesto á nuestros reyes la ley de hacernos dichosos: ley tierna que su corazón gusta de cumplir [11], y que justamente les abre una fuente de goces y de felicidad en cada instante [12]: ley santa que ellos mismos se imponen al pie de los altares, cuando en el día de su coronacion, contraen allí aquellas obligaciones sagradas que ligan el príncipe á los súbditos y los súbditos al príncipe, y que asegurándonos su solicitud por nuestro bien, aseguran á una nuestra felicidad y nuestro amor. ¡Oh! ¿por qué una nueva filosofia y nuevas costumbres nos harian perder tan grandes ventajas y tan preciosos auxilios? ¿por qué atacando juntamente á la religion y á la autoridad, al sacerdocio y al imperio, á Dios y á nuestros reyes, los filósofos de hoy osan gloriarse de que rompen en nuestras manos un talisman de imbecilidad, y tambien se felicitan de que hacen la dicha del género humano? ¿Qué dicha la que produce la anarquía [13]!

Ó hijo mio, seamos siempre lo que han sido nuestros abuelos. Que nuestro patriotismo abrase siempre el amor á nuestros reyes [14]. Tal es el patriotismo francés. Que así sea siempre el suyo. Si no tuvieras el corazón de los Valmont, tu padre te desconocería. ¡Ojalá pudieses poner la mano en el mio! ¡Ojalá sentir pudieras, en el momento en que escribo, aquel fuego que lo abraza... acá donde estoy desterrado!

Si desgracias parecidas á las mias, ó todavía mayores, han de acrecer pronto tus temores, no prorrumpas cual esclavo en quejas y murmuraciones. Hijo bien nacido, súbdito fiel, alma noble y generosa, quiere siempre á tu patria, á tu madre, que te ha llevado en su seno; quiere á tu prin-

cipe como á tu señor y tu padre, por mas que el se indigne contra tí. Respeta, honra la autoridad que tanto tiempo tan abiertamente te ha favorecido, protegido; hónrala aun cuando te sea contraria, y euseña con tu ejemplo á los demas á honrarla. Tiempos mas felices para tí vendrán, quizás, en que puedas sérle útil.

Sé sumiso á las leyes de la religion, y siempre lo serás á las del estado y del príncipe. El verdadero cristiano, no puede ménos que ser un súbdito fiel.

NOTAS.

PÁG. 129.

[1] *Hay un Juez en el cielo, pero sería muy peligroso que lo hubiera en la tierra.* Voltaire puso en boca de un pagano ilustrado por solo las luces de la razon natural lo que la religion nos dicta.

„Ah! Si fuera cierto que el poder absoluto hubiese arrastrado á Tarquino mas allá de su deber, que hubiera seguido mucho el atractivo encantador de él que hombre hay sin error? ¿y que rey sin flaqueza? Vosotros, nacidos enteramente súbditos, hechos para obedecer, ¿pretenderéis el derecho de castigarlo? Un hijo no se arma contra un padre delincuente, aparta los ojos, lo compadece y lo reverencia. ¿Los derechos de los soberanos son menos preciosos? Nosotros somos sus hijos, los Dioses sus jueces. Si el cielo algunas veces los dá en su cólera, no vayais á merecer un presente más duro, ni á traicionar á todas las leyes, queriendo vengarlas, ni á trastornar el estado, en vez de cambiarlo. (*Arons, en Bruto*).

PÁG. 130.

[2] *Qué cuadro para corazones sensibles el de un reino, &c.* Efectivamente, yo pregunto á cualquier alma honesta, á todo corazón bien formado, si, para establecer en Francia ese gobierno tan ponderado, querrian permitir ante todo, que se repitiesen entre nosotros las escenas horribles pasadas en Inglaterra, en Escocia, en Irlanda, despues de la injusta muerte del Conde Stafford, ministro y favorito de Carlos I.

(Véase á Hume, tomo 2.º al fin, y tomo 3.º de la *Historia de la casa de Stuart*).

Permítaseme añadir aquí una reflexion que deseo hayan hecho antes que yo muchos otros: es, que, á mi juicio, no hay una alma tan poco sensible á los males de la humanidad, que pueda tener valor de leer de corrida y sin descansar los tristes pormenores que ofrecen ciertos volúmenes de la Historia de Inglaterra. Hay en ella tantos motivos que afligen el sentimiento, la naturaleza y la religion, que, despues de cierto número de páginas, está uno precisado á buscar una especie de alivio en otras lecturas. No ha de ser así por cierto el modo de ver y de pensar de nuestros independientes; mas les permito pensar como quieran, en cambio de que nos permitan no ver ni sentir como ellos.

PÁG. 131.

[3] *Los Montigny.* ¿Qué dulzura se gusta, dice d'Arnaud, en tributar un homenaje público á la virtud! ¿Y qué grato sería vengar del olvido de la historia, que no ha citado mas que una vez, el nombre del bravo Galon de Montigny, generero tanto mas respetable cuanto que se hallaba en la indigencia! Este digno caballero, es quien llevaba el pabellon de la Francia, en la batalla de Baugnies. Montigny, en aquella batalla en que Felipe Augusto fué tirado del caballo é iba á ser pisoteado por los caballos, subía y bajaba la bandera real para dar á todo el ejército la señal del peligro en que se encontraba el monarca; este valiente hombre, aunque embarazado por su estandarte, formó al rey un muro con su cuerpo, derribando á recios golpes de sable cuanto se presentaba para apoderarse de él. (*Estas son las expresiones de Velly*). Yo añadiera, que Montigny permaneció siempre pobre, pero cubierto de una gloria inmortal, cuyo brillo quisiera yo extender mas. *Continuacion de Fagel* ¿Desgraciado de quien lee este rasgo sin enternecerse! Aunque nacido entre nosotros, no tuvo el corazón de un frances.

PÁG. 131.

[4] *Los Eustache de Saint Pierre.* Du Belloy, por esa tragedia verdaderamente patriótica del *Sitio de Colais*, ha hecho conocer bastante este bello nombre tan honroso á la Francia.

PÁG. 131.

[5] *Los Fabert.* El rey habiendo dado el gobierno de Se-